

Corpus Christi. Año C

Lectio divina sobre Lc 9,11b-17

Durante su ministerio público Jesús fue, a menudo, huésped y comensal: compartió el hambre del hombre y su sed de convivencia. Dando de comer a la muchedumbre que le había escuchado, multiplicó el pan escaso y sació la necesidad de cuantos le creyeron. Antes de calmar su hambre de pan, había saturado su necesidad de Dios; sólo atendió la necesidad de quienes le habían atendido. El milagro es consecuencia de la escucha de la Palabra. Y es significativo que para obrar el portento Jesús acudiera a la ayuda, pequeña pero no insignificante, de sus discípulos; por poner a su disposición lo poco de que disponían, vieron cómo Jesús lograba satisfacer a una muchedumbre.

Los cristianos han aprender de los gestos que repiten, si quieren hacer verdad el mandato de su Señor, pues en la eucaristía tendrán que repetir su gesta de cuidarse del hambre de los hombres repartiéndoles el pan de Dios que es Cristo Jesús; y nadie, que se sepa discípulo, tiene poco que dar, pues bastará con ofrecer lo que tenga

En aquel tiempo, ^{11b}Jesús se puso a hablar al gentío del reino de Dios y curó a los que lo necesitaban.

¹²**Caía la tarde, y los doce se le acercaron para decirle:**

“Despide a la gente; que vayan a las aldeas y cortijos de los alrededores a buscar alojamiento y comida, porque aquí estamos en descampado”.

¹³**Él les contestó:**

“Dadles vosotros de comer”

Ellos le replicaron:

“No tenemos más que cinco panes y dos peces; a no ser que vayamos a comprar de comer para todo este gentío” [¹⁵Porque eran unos cinco mil hombres]

Jesús dijo a sus discípulos:

“Decidles que se echen en grupos de unos cincuenta”

Lo hicieron así, y todos se echaron.

¹⁶**Él tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición sobre ellos, los partió y se lo dio a los discípulos para que se los sirvieran a la gente. ¹⁷Comieron todos y se saciaron, y cogieron las sobras: doce cestos.**

I. Lectura: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice.

Aunque el texto narra un milagro, el relato se centra en un diálogo entre Jesús y sus discípulos. El milagro tendrá a la multitud como beneficiaria, pero ella no lo había pedido: sólo se dejó anunciar el reino y curar por Jesús, primero; luego será servida por los discípulos. Jesús sacia el hambre sólo de cuantos han oído su mensaje. Y el pan que no fue siquiera deseado se convierte en puro don, y en abundancia.

Jesús mantiene la iniciativa durante todo el episodio, menos al inicio de la conversación con sus discípulos. Ellos hubieran querido desembarazarse de la gente, una vez evangelizada. Y por buenas razones: no tenían apenas alimento para ellos. Tenían, eso sí, buenos sentimientos: contemplaron la posibilidad de comprar para tanta gente. ¿Con qué dinero? Aquí su obediencia, más que su pobreza, es el “sustento” del milagro: más que poner a disposición lo poco que tienen, se ponen ellos a disposición de Jesús y del gentío. Sin este cambio de actitud no hubiera habido milagro.

No se acentúa el prodigio más que al final. La comida milagrosa se narra como si fuera una comida eucarística. Para el narrador existe un alimento que sacia de verdad y que no puede perderse: el pan bendecido por Jesús y distribuido por sus discípulos.

II. Meditación: aplicar lo que dice el texto a la propia vida.

El misterio que hoy motiva nuestra fiesta es, sin duda, central en nuestra vida de fe. Como todo misterio de fe, esconde una admirable historia de amor: Cristo Jesús no quiso sólo entregar su vida por nosotros, tras haber convivido entre nosotros; buscó, además, el modo de, en su ausencia, quedarse, en cuerpo y alma, a nuestra disposición. ¡Sólo un amor divino llega a ser tan imaginativo!; ¡sólo el poder de Dios puede ser tan omnipotente!; quien tanto nos había querido como para dar la vida por nosotros, sigue queriéndonos tanto como para quedarse a nuestro alcance; en el pan y el vino eucarísticos Cristo está al alcance de nuestra hambre y de nuestra necesidad. Hoy, Corpus Christi, celebramos y agradecemos esa voluntad de Jesús de hacer lo imposible - y eso es lo que logró -, ingeniándose las para convertirse en nuestro alimento ordinario, con tal de sernos de ayuda y apoyo en la vida diaria.

Es, precisamente, ese empeño de Jesús por saciar nuestra necesidad lo que quiere recordarnos hoy el evangelio; multiplicando panes y peces, Jesús satisfizo la necesidad acuciante de una muchedumbre que había acudido a oírle ante el

asombro de sus discípulos. La escena sigue siendo significativa para nosotros: la gente que recibió el pan no fue a Jesús más que para satisfacer su hambre de Dios; oyéndole hablar del Reino, se había olvidado de su hambre; y retrasó el comer para escuchar más largamente a Jesús. Los que le acompañaban le hicieron caer en la cuenta: ni Jesús ni la muchedumbre se habían percatado; ambos estaban ocupados en Dios y su reino. Jesús no siguió el consejo de sus discípulos que le instaban a liberarse de un gentío sin alojamiento y sin comida; los discípulos, conscientes de su pobreza, no sabían qué hacer con tanta gente en un descampado con dos peces y cinco panes; no sabían todavía que tener a Jesús supone contar con prodigios que sólo se le ocurren a quien ama más allá de lo imaginable.

En este suceso, en el comportamiento de sus protagonistas, estamos implicados todos. Repasemos brevemente con cuál de ellos nos identificamos más; y comprenderemos qué nos falta todavía para que nuestra práctica eucarística sacie por fin nuestra necesidad de Dios y nuestra necesidad de vida. La gente había ido a oír a Jesús y algunos más necesitados, a pedirle curación; entretenidos escuchándole hablar del Reino y viéndole curar enfermos, perdieron la noción del tiempo y la sensación de hambre; fueron los discípulos quienes, preocupados por la escasez de medios, hicieron caer en la cuenta a Jesús de la responsabilidad que les venía encima. La muchedumbre, que se vio sorprendida por el milagro, no había pensado en él; con Jesús, que le hablaba de Dios y de su reino, lograba no sentir su necesidad más vital, el hambre de pan; con Jesús, que curaba a cuantos lo necesitaban, no necesitaban de alojamiento ni de comida.

Pero Jesús se lo dió: les había proporcionado lo que más importante, Dios, lo más necesario, su reino; no les iba a abandonar solos, en el descampado, sin satisfacer lo de menos, su necesidad de alimento. Para obtener de Dios el milagro menor hay que atreverse a desear de Él el prodigio mayor: Jesús multiplicó el pan para un gentío que prefirió pasar hambre antes que pasar de Dios, que empleó su tiempo en dejarse curar por dentro antes que en procurarse alimentos. No sabemos de lo que nos estamos perdiendo, perdiendo como estamos el tiempo en satisfacer nuestras pequeñas necesidades y sin alimentar nuestra hambre de Dios, profunda y radical necesidad de Él y de sentirnos por Él atendidos y sanados. Quien se dedica a escuchar a Dios, como la muchedumbre, dejando para más tarde su propia necesidad, se verá sorprendido por la preocupación que le surge a Dios de saciar su necesidad. Ocuparse en las cosas de Dios implicaría a Dios en nuestras cosas.

Las eucaristías en las que participamos, no surten el efecto deseado por nosotros, el milagro que necesitamos, porque solemos en ellas poner nuestra necesidad por encima del querer de Dios; tan ocupados estamos en ellas por lo que aún nos falta, que no hacemos más que presentarle a Dios nuestra escasez; y no le dejamos tiempo para que Él se presente como la respuesta a nuestra necesidad. Ir a Jesús, como la muchedumbre, para que nos hable de Dios y nos lo haga cercano, es la manera más eficaz de ver saciada nuestra necesidad, sin haberla apenas sentido y ¡sin siquiera habérselo pedido!. El pan multiplicado, la necesidad propia calmada, lo recibe gratis quien pone a Dios y su reino antes que su hambre y su necesidad; olvidarlo nos está condenando a no vivir hoy ya grandes milagros; poniendo nuestra hambre, por insoportable que sea, esas nuestras necesidades, por insaciables que nos parezcan, por encima y por delante de Dios y su reino, nos estamos viendo privados del pan de Dios y de su vida. Volvamos, como la muchedumbre, a oír a Jesús y a cuidarnos de cuanto nos enseña; y volverá él a oír nuestra necesidad y se cuidará de satisfacerla. Un Dios atendido es un Dios atento.

Nos resulta lógico el comportamiento de los discípulos, alarmados por la situación creada en un descampado, al final de la jornada, y con escasos recursos y una muchedumbre que no había comido aún. No nos escandaliza su fe escasa ni su intento de librarse de cuantos necesitaban de su ayuda. Y es que en su actitud quedamos identificados todos los discípulos de Jesús: su miedo a tener que emprender algo con tan pocos medios es una falta de fe en el Señor, a quien habían estado oyendo lo mismo que el gentío. Ellos creían tener lo suficiente para sí; y creyeron que debían liberarse de la necesidad de los demás; su poca generosidad les impedía prever la generosidad de su maestro: no podían esperarse un milagro tan estupendo, porque tan grande era su egoísmo como su escasez de alimentos; como tenían pocos panes en la cesta, no podía caberles en el corazón la necesidad de una muchedumbre; se hicieron roñosos, porque se creían pobres; pero, más que escasos de bienes, lo que andaban era escasos de fe. Como nosotros.

Multiplicando sus existencias Jesús mostró a sus discípulos que quien vive con él debe abrir su existencia, por pobre que sea, a la necesidad de los demás; no se puede convivir con Jesús y no desvivirse ante el hambre de las muchedumbres. Habían visto cómo atendía a los enfermos y los curaba, cómo se acercaba a los marginados y los devolvía a la sociedad, cómo acogía a los pecadores y les devolvía a Dios; pero no habían aprendido la lección; seguían pensando en que eran poco buenos como para dedicarse a hacer el bien a los demás, que disponían de pocas cosas para tanta necesidad: su fe escasa no pudo multiplicar sus escasos bienes. A pesar de contar con Jesús, no esperaban de Él milagro alguno.

De poco sirve que, y es sólo un ejemplo, que los cristianos comulguen con el Cuerpo de Cristo, que ahoguen su necesidad de Dios en la recepción del pan eucarístico, si se vuelven insensibles ante la necesidad de pan que sienten tantos hombres hoy. Seguimos los discípulos de Jesús pensando que nuestros panes y peces son escaso alimento para toda nuestra necesidad; y así nos desentendemos de cuantos, muchos más numerosos que nosotros, no tienen más que necesidad y vida escasa. El discípulo de Jesús, porque sabe que de su hambre, de Dios y de pan, se encarga ya su maestro, tiene que emplearse en satisfacer el hambre de los demás. Sólo así se hace eficaz y fidedigna nuestra recepción de su Cuerpo y de su

Vida: quien tiene a Dios por alimento, tiene al hambriento por alimentar. Olvidarlo sería menospreciar el cuerpo de Cristo que recibimos. Ni más ni menos.